

LECTURA 6: Prometeo y Pandora

Nombre _____ Fecha: _____

Asignatura: _____

Grupo: _____

Hace mucho, pero mucho tiempo en los días en que la Tierra permanecía verde todo el año, los seres humanos no eran como son ahora. En aquellos tiempos los hombres vivían casi como animales. Por supuesto, los hombres eran más listos, pero como la vida era tan fácil la gente no tenía que utilizar sus cerebros. Ceres cuidaba que los humanos tuviesen suficiente para comer. El clima era siempre caluroso y soleado. La gente no era envidiosa, pues tenía todo lo que deseaba. Zeus había incluso retirado de la tierra todas las enfermedades. La gente moría sólo de vejez. Los hombres eran ignorantes y felices, pero los dioses se sentían sabios y aburridos. Miraban hacia abajo desde el Monte Olimpo y no veían nada interesante en la Tierra. Los humanos vagaban felizmente comiendo frutas, cerezas y nueces cuando tenían hambre y dormían a la sombra fresca de los árboles cuando estaban cansados. Esta clase de vida les gustaba a los hombres y mujeres pero a los dioses no. Un día Zeus decidió hacer unos cambios.

-Sería una buena idea (se dijo a sí mismo) –si las criaturas de la tierra fuesen diferentes. Después de todo ¿Por qué un hombre ha de pasar sus días como un mono? ¿O un mono como un hombre? No pasó mucho tiempo cuando Zeus mandó llamar a Epimeteo, un dios joven que no estaba ocupado en ese momento. Zeus le dio dos cajas, una grande y una pequeña.

-Quiero que les lleves estas cajas a la tierra (ordenó Zeus) la caja grande está llena de diferencias.

-¿Diferencias? (repitió Epimeteo)

-Sí (dijo Zeus) diferencias, cosas para hacer a las criaturas de la tierra diferentes entre sí. Quiero que tú se las pases a ellos

(Epimeteo se rascó la cabeza). -¿Cómo reparto las diferencias entre las criaturas? (Preguntó).

-No importa cómo lo hagas (respondió Zeus) sólo así harás que las cosas sean interesantes.

-¿La caja pequeña está hecha de diferencias también? (preguntó Epimeteo).

-¡Ah! (respondió el rey de los dioses) Ese es secreto de Zeus. Todo lo que necesitas recordar es que no debes abrir la caja chica a menos que yo diga (Zeus dio unas palmadas en la espalda a Epimeteo) ¡Vamos a tu tarea! Cuanto más tiempo estés quieto en el Monte Olimpo más me aburro. Epimeteo quería hacer más preguntas pero no se atrevió; uno no cuestionaba las órdenes de Zeus, solamente las obedecía. El joven dios se colocó una caja en cada hombro y salió velozmente por el pórtico de nubes.

Cuando Epimeteo llegó a la Tierra, caminó a lo largo del sendero y las cajas parecían hacerse más pesadas, le dolían los brazos y los hombros al dios, pues en la Tierra no era más fuerte que un hombre. Finalmente Epimeteo puso las cajas a la orilla del camino y se sentó sobre la más grande para descansar.

Un ratón cansado y lleno de polvo llegó caminando, el pequeño animal parecía no haber visto a Epimeteo.

Epimeteo le ordenó:

-Detente un momento, ratón (le dijo) tengo un regalo para ti del famoso Zeus (y abrió la caja grande) la primera diferencia que sacó era la fuerza.

-No puedo dar fuerza a tan pequeño animal (pensó Epimeteo y puso otra vez la fuerza en la caja) entonces buscó algo más apropiado para ratones. La timidez estaba escondida en un rincón. Epimeteo dio la timidez al ratón. De pronto el ratón asustado, miró al dios y escapó corriendo entre los arbustos lo más

velozmente que pudo. Las noticias se esparcieron rápidamente, criaturas grandes y pequeñas llegaban corriendo y volando hacia Epimeteo, hicieron un círculo enorme alrededor del joven dios con sus cajas; Epimeteo les fue entregando las diferencias uno por uno. Le dio fuerza al oso, lealtad al perro, limpieza al gato, bravura al león, sabiduría a la lechuga, pereza al cerdo; la abeja obtuvo ocupación, la zorra astucia y la mula, terquedad.

Epimeteo continuó repartiendo diferencias, finalmente la caja se quedó vacía. Los animales se fueron comentando en voz alta de quién era la mejor diferencia.

Epimeteo se quedó solitario en la orilla del camino, su trabajo había concluido y se encontraba muy cansado; el sol se estaba poniendo, así que decidió pasar la noche en la tierra. Bien podría regresar al día siguiente al Monte Olimpo. Encontró una cama de suave pasto y la caja pequeña tenía la medida exacta de una almohada.

Cuando se dispuso a dormir oyó una voz:

-¿Qué diferencia guardaste para mí?

Epimeteo abrió los ojos. Había cometido un error; no le había dado al hombre ninguna diferencia y el hombre era la criatura favorita de Zeus.

Epimeteo se sentó y miró al hombre, luego contempló la tapa levantada de la caja vacía.

-No me queda nada –se lamentó, la caja está vacía.

-¿Qué hay en la caja pequeña? Preguntó el hombre.

-Solamente Zeus lo sabe, respondió Epimeteo muy triste. Quería abrir la caja pequeña y darle al hombre lo que hubiese en ella, pero recordó lo que le había advertido Zeus y en cualquier momento uno de sus rayos le llegaría del cielo.

Epimeteo pensó que debía actuar rápidamente; primero llamó al águila y escribió un mensaje a su hermano Prometeo “Envía algo al hombre antes de que Zeus descubra mi error”, finalmente amarró la nota alrededor de la pata del águila y lanzó al pájaro hacia el Monte Olimpo. Cuando Prometeo recibió el mensaje de su hermano decidió enviar “el fuego” ya que desde hacía mucho tiempo había mirado a los humanos y sentía lástima de ellos; a menudo pensaba que vivirían mejor con la ayuda del fuego. Se apresuró al palacio del dios del sol para tomar la antorcha en llamas.

Zeus se dio cuenta de que Prometeo salía del palacio del dios sol con una gran antorcha en sus manos.

-¿Y ahora qué irá a hacer Prometeo? (se preguntó).

Nosotros no necesitamos fuego aquí en el Monte Olimpo.

Cuando Prometeo llegó al pórtico de nubes encontró a Zeus esperándole. El rey de los dioses estaba de pie, quieto y con los brazos cruzados; tenía expresión de enojo.

-¿Qué piensas hacer con esa antorcha? Preguntó

-¡No debes llevar el fuego al hombre! ¡Ni ahora ni nunca!, ¿entendido?

Prometeo movió la cabeza afirmativamente. Por un momento miró la punta de sus sandalias. Luego miró a Zeus directamente a los ojos.

-Creo que el poderoso Zeus es envidioso y piensa únicamente en su propia gloria –dijo con lentitud.

Nadie había hablado a Zeus de esa manera. Prometeo esperaba un castigo de él, pero en lugar de eso, el rey de los dioses hizo un largo discurso.

-Has pensado qué sucedería si el hombre tuviera fuego? -preguntó. Serían capaces de cocinar carne. Pronto matarían a otros animales; fundirían el oro y la plata; harían monedas y empezarían a vender cosas por dinero; serían capaces de hacer hierro de las rocas; con el hierro podrían fabricar armas y empezar a matarse entre ellos; comenzarían las guerras; podrían incluso aprender a hacer máquinas voladoras y llegar hasta el Monte Olimpo –Con una mano Zeus imitó un avión en el cielo sobre su cabeza-. Oh –gruñó -Es tan terrible pensarlo– Y luego moviendo la cabeza tristemente, volvió a su palacio. Prometeo permaneció en el pórtico de nubes, sosteniendo todavía la antorcha en sus manos. ¿Qué harían los humanos con el fuego? Pensó acerca de lo que le había dicho Zeus. Era cierto desde luego que podían utilizarlo para matarse unos a otros. Pero también que el fuego podría hacer sus vidas más confortables. Había muchas cosas que el hombre alcanzaría a hacer con sólo tener fuego. Prometeo había pasado muchos días observando a los hombres. Creía que los conocía bastante bien. Pensaba que era posible confiar en ellos. De pronto abrió el pórtico de nubes, y sosteniendo la antorcha encendida en alto sobre su cabeza corrió hacia la Tierra. Prometeo sabía que le castigarían, pero nunca imaginó un castigo como el que iba a recibir. Cuando Zeus oyó lo que Prometeo había dicho, mandó traer a Vulcano, el herrero del Monte Olimpo. Le ordenó hacer un juego de cadenas de hierro. Se encadenó a Prometeo a una enorme roca en lo alto de una montaña. Ahí el sol quemaba su piel; la lluvia azotaba su indefenso cuerpo; horribles aves le picoteaban cuando trataba de dormir. Pasarían muchos años antes de que pudiera rescatarlo un hombre muy fuerte llamado Hércules. En cuanto a Epimeteo no fue lo suficientemente valiente para regresar al Monte Olimpo. Permaneció en la tierra esperando que Zeus olvidara y tal vez perdonara. Pero Zeus no olvidó. Todos los días miraba hacia la Tierra y veía a los humanos ocupados con sus nuevos fuegos. Los dioses y las diosas trataban de animar a Zeus, pero él se negaba a sonreír. Cuando finalmente Zeus sonrió lo hizo astutamente.

-Epimeteo debe estar solitario y triste allá en la tierra– dijo a los dioses y a las diosas -. Vengan, hagamos una esposa para que le haga compañía. Haremos la mujer más perfecta que podamos hacer. Cada dios y cada diosa llevó algo para ayudar a hacer a la nueva mujer. Su belleza era la de la misma Venus. Cuando quedó terminada, Zeus le dio aliento de vida. Ella abrió los ojos y sonrió. Tu nombre es Pandora–le dijo Zeus a la mujer-. Te hicimos en el Monte Olimpo para que seas la esposa de Epimeteo. Poco tiempo después, Pandora llegó hasta la casa que Epimeteo se había construido en la Tierra. Mi nombre es Pandora–dijo-, me hicieron en el Monte Olimpo para ser la esposa de Epimeteo. Epimeteo parpadeó. Esperaba que Zeus le enviara un rayo, no una bella esposa. ¿Habría allí algún truco? De hecho –agregó Pandora–ya estamos casados, creo. Entonces Epimeteo la miró más cerca. No podía quitarle los ojos de encima. De pronto ella sonrió y las dudas de él desaparecieron. Epimeteo nunca había sido tan feliz como lo era con Pandora. Pasaban sus días al igual que los humanos. Él buscaba qué comer en tanto que ella cuidaba de la casa. Algunas veces emprendían juntos largos paseos; observaban a los hombres que realizaban cosas con el fuego. Pandora aprendió los nombres de las plantas y los animales de la Tierra. Epimeteo le enseñaba todo lo que ella quería saber, excepto una cosa: No le hablaría de lo que podía haber en la caja pequeña que conservaba en la repisa más alta del guardarropa de la alcoba.

-Por favor–insistía fastidiosamente Pandora-. ¿No puedo echarle sólo una ojeada?

-¡No!–decía su esposo-. ¡Zeus dijo que nunca la abriera y no lo haré!

Un día Pandora estaba limpiando las repisas del guardarropa. Tomó la caja y la puso sobre la cama. Seguramente una ojeadita no afectaría en nada.

-Después de todo –se dijo– no es como si fuéramos a robar algo.

Pandora se sentó y descorrió el cierre de la caja. La tapa se abrió con estrépito. De la caja volaron: codicia, hambre y miedo.

¡Era una caja llena de problemas!

Pandora trató de cerrar la tapa pero eran demasiados los problemas que brotaban: sarampión, paperas y viruela loca salieron por las ventanas. Pandora se tiró sobre la cama. Pronto la almohada estaba empapada de lágrimas.

Cuando Epimeteo regresaba, los últimos problemas volaban por la ventana hacia el mundo. Corrió a la casa; Pandora yacía llorando sobre la cama; la caja abierta estaba junto a ella.

-¿Qué has hecho? –gritó Epimeteo.

Pandora no pudo mirar a su esposo.

-Sí, la abrí –dijo con el rostro contra la almohada-. La caja estaba llena de problemas y yo la abrí.

Epimeteo dio un paso y miró dentro de la caja. Algo se movía; la caja no estaba totalmente vacía.

Se asomó más de cerca. Ahí en el fondo, casi aplastada por los problemas que se escaparon, estaba la esperanza.

Un grito de felicidad llenó la habitación.

-¡Levántate! –gritó Epimeteo. -¡Mira!, ¡Mira dentro de la caja!

Lentamente Pandora se puso de pie, se asomó a la caja. Entonces miró a Epimeteo y sonrió.

-El mundo puede estar lleno de problemas –dijo Epimeteo-, pero las cosas no serán tan malas siempre y cuando tengamos todavía esperanza.

Y Epimeteo tenía razón, pues desde ese día y hasta ahora, la esperanza ha sido la mejor amiga del hombre en un mundo repleto de problemas.